

venerables". Son, para él, "espíritus amigos que viven al lado de nosotros, que viven para nosotros y que, cuando queremos escucharlos, saben hablarnos con sus palabras y con su ejemplo de las buenas cosas eternas de la vida. En nosotros está hacer nuestra jornada por el mundo en tan bien inspirada y delectable compañía" (página 165).

Bien decíamos que no se había separado jamás de esas compañías, que su espíritu ha vivido en ese mundo superior que llega a nosotros a través del arte, la literatura y la filosofía griegas. Mientras el pensamiento contemporáneo rebulle en medio de contradicciones y absurdos, angustiado por trágicos avatares, tratando de interpretar las circunstancias en torno, don Enrique Molina rinde culto a Apolo, símbolo de serenidad, de equilibrio y de armonía. Los tormentos donisíacos, las torturas barrocas, el agonismo existencialista no alteran la claridad y sencillez de su estilo, que es trasunto de su condición anímica forjada dentro de los moldes clásicos imperecederos.  
—MILTON ROSSEL.

■

<https://doi.org/10.29393/At323-18HSLD10018>

"HIJO DEL SALITRE", por *Volodia Teitelboim*

Hay que tener talento, un talento de primer orden para escribir novelas en cuyo argumento va encerrada la intención política, sin que ella se advierta a primera vista. Porque si no se posee una inteligencia superior y un espíritu de verdadero artista es muy fácil caer en el sermón o en la diatriba contra el enemigo o la idea que se combate. La intención debe ir como una vena profunda desde la cual emane el flúido en que a la larga trascienda la idea que se quiere llevar adelante y aunque sea el motivo permanente, no se convierta en ostensible obsesión que prevenga al lector en contra del novelista que pretende disfrazar su anhelo bajo la exterioridad de una obra de arte,

Me parece que Gorki, Tolstoi y otros grandes novelistas rusos realizaron estupendamente esta premisa, así como lo hizo Zola al combatir los vicios y fallas de la sociedad de su tiempo. Acaso pueda parecer pueril esta afirmación, pues en cada escritor hay un secreto anhelo de dar una provechosa lección de vida. Pero en los hombres que han dedicado su vida y la mayor parte de sus actividades a las luchas políticas y sociales es fácil que se les advierta la intención y olvidando los preceptos más simples de la estética y del arte, conviertan su obra en una especie de barricada desde la cual se dispara toda la artillería gruesa, contra la posición adversa a su ideal.

Me parece que no es este el caso del autor de este libro. Porque Volodia Teitelboim se ha destacado como luchador social en un partido de avanzada y al escoger como el protagonista principal a un hombre de la clase obrera, apóstol de reivindicaciones de la gente de su clase, no ha caído en el mal gusto de presentarlo como el líder de batallas incruentas, empecinado, contumaz, intransigente, sino que nos lo muestra en el aspecto humano, buscando en su alma de soñador recalcitrante toda la íntima ternura, todo el afán de servir generosamente, aun exponiendo su propia vida, para defender a aquellos hombres para quienes las dichas de este mundo son una especie de paraíso inalcanzable, o perdido definitivamente. Y en esta batalla de todos los días, no es Elías Lafferte una especie de fiera que lanza tarascadas a todo el que se le acerca. Es nada más que un hombre que siendo un niño, sale un día de su pequeño pueblo del norte chico, para ir a trabajar allá a las tierras de ese norte grande y conocer ese medio trágico y épico en su terrible grandeza; en su poderío para triturar a los hombres y arrancarles de cuajo su vitalidad, para ofrecerla a esa monstruosa deidad que es el egoísmo humano. Un egoísmo al cual no hay manera de abrirle brecha, pues mientras mayor es la miseria del obrero más crece el capitalismo succionador de energías, de ilusiones y de fe en que haya algún rincón del mundo una vida mejor. Una vida de más amplia y generosa perspectiva, para todos los pobres del mundo.

Y es que uno mismo siente una especie de rebeldía irrefrenable cuando piensa que tiene inteligencia, que posee una sensibilidad, una capacidad emotiva para sufrir y deleitarse ante el espectáculo del mundo y nunca podrá gozarlo en plenitud. Que son esos tipos que no saben lo que es la maravilla de un libro, de un cuadro o de una composición musical los que tienen a su alcance las dichas del mundo. Acaso esa gente paga con eso su grosera conformación: Con no tener capacidad para recibir el mensaje de la belleza en toda su infinita gama de sensaciones maravilladas.

Volodia Teitelboim no se olvida que es un artista. Describe el medio, la intimidad de la gente, la psicología de los pampinos, recoge su lenguaje sabroso. Va y viene con los personajes y les confiere su auténtica personalidad. Vemos la pampa, conocemos a los rotos sufridos y bravos que se sacan el alma, manejando el combo y la picota. Que se mandaban al infierno después de un resbalón en los cachuchos, o se quedaban ciegos cuando en el rajo se les quedó dormido un tiro, y que de pronto aleve reventó.

Y este Elías Lafferte, surge bonachón, evangélico, impávido ante las masacres que rasaron las aspiraciones de los obreros con el seco y fatídico golpeteo de las "tartamudas". Hay una exaltación profunda y enaltecedora para pintar al roto chileno y descubrirle no las arrugas del alma que hizo más hondas el egoísmo del ambiente, sino para mostrar su grandeza, su heroísmo. Ese mismo heroísmo con que en Yungay, en el Morro, en Iquique y en todas partes demostró que tenía pana para defender lo que era suyo en la ilusión. Nada más que ilusoriamente.

Porque después su rebeldía se manifestó en sus riñas a cuchillo ya sea para hacer un alarde de braveza, o para defender el amor de una china que le arrulló en un quilombo, mientras las cuerdas querendonas de una guitarra se le encaramaban, como una calandria por las arterias, por donde la sangre circulaba quemándole en un incendio de sueños que nunca se cumplirían. Agrada leer este libro de Volodia Teitelboim y darse cuenta de que este hombre que tiene en tierras muy distantes las raíces más profundas de su raza,

llega a compenetrarse totalmente de la manera de ser del hombre de su tierra, de esa tierra en donde él nació, en donde ha formado su mente y han crecido sus amores, como un árbol que se mece bajo la luz del cielo, sin otras inquietudes que mirar el vuelo de los pájaros y darlo todo, como un gran señor opulento y rumboso que goza con la alegría ajena, no con el dolor que produce el egoísmo.

Escribo estas líneas recordando las páginas de "Hijo del Salitre" sin tener el libro cerca. Quiero dejar afluir hasta mi corazón, lo que hay en ese libro de piedad, de amor, de anhelos, de sueños, que tienden a encontrar un cielo más propicio para que florezca bajo sus luces, el ansia eternamente irredente de los que viven nada más que para obedecer a una función fisiológica. O sea cumplir el compromiso con la madre naturaleza sin tener nunca la retribución que cada hombre debe tener bajo la luz del sol. "Hijo del Salitre" es el primer paso hacia una literatura que sigue las altas huellas de los grandes maestros de Europa cuando señalaron los verdaderos caminos que los hombres deben seguir, al sentirse iluminados por un verdadero anhelo de redención humana.—LUIS DURAND.